



Capítulo 308 - Lucha de Reinas Infantiles.

Las dos espadas, una envuelta en destrucción pura, la otra brillando con destellos rojos que se derritieron en sangre hirviente, avanzaron en una colisión final y fatal.

El odio ancestral latía en cada hebra de energía que escapaba de los cortes, desgarrando la esencia misma del mundo demoníaco. No era solo una confrontación. Era la negación de la existencia de la otra. Un grito de destrucción pura. Este era el choque de las Técnicas Definitivas de dos Reinas Demonio.

El suelo bajo sus pies no sólo se agrietó, sino que se rasgó como una tela vieja, dejando al descubierto un abismo de vacío absoluto.



Los pilares del coliseo demoníaco, erigidos con la sangre de demonios, comenzaron a derrumbarse en silencio. Algunos se convirtieron en polvo antes de tocar el suelo. Otros se hicieron añicos con fuertes crujidos, mientras gritos de pánico resonaban desde las gradas. Rocas colosales se hicieron añicos, fragmentándose incluso antes de caer.

El cielo parecía a punto de derrumbarse.

Y entonces... apareció algo...

En el punto álgido del colapso, una figura plateada corta brutalmente el espacio. La luz es violenta, pero silenciosa. Ambas espadas, que estaban a punto de colisionar con la fuerza suficiente para abrir una grieta interdimensional... se detienen. No por magia. No por escudos.

Pero con dos manos desnudas.

Allí, entre el caos y el final, estaba Sephirothy.

Su cuerpo parecía estar hecho de sombras y ruina. Su cabello blanco danzaba en ondas caóticas, desafiando la gravedad. Sus ojos... profundos, abisales, como agujeros negros conscientes, no mostraban ira... solo la clase de decepción que incluso los dioses temerían si la enfrentaran.

—¡Para ya! —gruñó, su voz resonando en capas dimensionales. Cada palabra tenía el peso de eones—. Niños. Malcriados. Jodidos.

El sonido de su voz resonó como un trueno apagado.

Y entonces, lo que se había derrumbado se detuvo. No por un golpe, sino por la cruda presión de su presencia. El aire se volvió denso como plomo fundido. El espacio a su alrededor se curvó. Las dos Reinas, Raphaeline y Cabernet, parecían pequeñas. Microscópicas. Como polvo frente a un agujero negro.

Sus espadas temblaban... y crujían. Sus hojas chirriaban de miedo ante el aura de Sephirothy.

No se rompen por el esfuerzo físico, sino por la insuficiencia existencial ante algo infinitamente superior.

Tan pronto como detuvo el golpe, el impacto que habría destruido el mundo comenzó a filtrarse en forma de energía residual.





El suelo explotó. Se formó un cráter de trescientos metros de radio, que se tragó columnas y gradas.

El Coliseo, antaño el mayor monumento infernal a la guerra y la gloria, se desmorona como cera bajo un sol demoníaco. Estatuas milenarias se hacen añicos. El mármol negro se desgarras como corteza podrida. El aire vibra con tal violencia que la atmósfera implosiona y se reconstruye en ciclos erráticos.

De los seiscientos mil demonios en las gradas, pocos siguen respirando. Muchos fueron pulverizados. Otros recibieron la lluvia de sangre y murieron. Algunos se evaporaron debido a inestabilidades energéticas. Solo una fracción sobrevivió: los más poderosos o aquellos protegidos por las barreras erigidas por Zafiro.

Ahora, algunos tiemblan en silencio. Otros lloran sangre. Y hay quienes simplemente han enloquecido.

Con un gesto simple, casi aburrido, Sephirothy golpea las espadas con el dorso de la mano. Las hojas vuelan como juguetes de mala calidad, cruzan la arena y se estrellan violentamente contra los muros exteriores del coliseo. Las piedras tiemblan como si intentaran escapar del contacto de las armas.

Raphaeline y Cabernet caen de rodillas, exhaustas, tras agotar casi toda su energía. Sus ojos, abiertos como platos, no comprenden. Sus cuerpos, exhaustos, empiezan a temblar. Ellas —las Reinas Demonio, soberanas, invencibles— son ahora meras espectadoras impotentes.

Sefirotía se ha acercado. Cada paso es un sutil terremoto. El tiempo se ralentiza. La sangre que fluye de miles de heridas retrocede. Las piedras quemadas se regeneran. Las cenizas suspendidas en el aire se condensan, regresando a los cuerpos que una vez albergaron.





El coliseo comienza a reconstruirse. Pero algo anda mal.

El tiempo no sólo ha curado.

Se ha revertido.

Todo a su alrededor vuelve al momento exacto en el que Raphaeline y Cabernet entraron en la arena, como si toda la catástrofe nunca hubiera ocurrido.

Pero saben que sí. Aún huelen la muerte en el pelo. Aún oyen los gritos resonando en sus huesos. El coliseo podría haber vuelto. Los demonios podrían haber vuelto a la vida.

Pero el trauma persiste.

"Escúchame con atención", dice en voz baja, pero más afilada que cualquier espada. "Siéntate. Aquí. Ahora", dice, señalando dos puntos en el suelo con la precisión de quien ha perdido la paciencia.

Raphaeline y Cabernet se miraron como dos niños pillados con las manos en la masa. Cabernet intentó discutir, pero Sephirothy levantó un dedo —solo uno— e inmediatamente las dos reinas se sentaron con un "plof" sincronizado en el suelo de la arena reconstruida, con las piernas cruzadas y las manos en el regazo, intentando aparentar buena conducta.

Sephirothy empezó a caminar en círculos a su alrededor. Su vestido ondeaba furiosamente, incluso en ausencia de viento. Era la clase de tensión que haría que incluso el mismísimo Tempo se quedara quieto en un rincón.





"Tú... casi destruiste... una dimensión entera... ¿por qué...?"

Hubo un silencio incómodo.

Raphaeline sollozó, bajando la mirada. "Es que... ella... ella me llamó... inútil..."

Cabernet resopló, cruzándose de brazos. "Y solo dije la verdad."

—¡TAMBIÉN ME LLAMASTE REINA FALSA! —estalló Raphaeline, señalándome con el dedo—. Dijiste que solo estoy en el trono de la Reina por mi madre y...

Antes de que pudiera terminar la frase, un destello de energía devastadora atravesó el aire. En un instante, Sephirothy estaba frente a Raphaeline, su frente casi rozando la de ella, sus ojos como vórtices cósmicos de fuego. El espacio circundante se congeló. Los ecos del universo cesaron.



"¿TE ATREVES A INICIAR UNA LUCHA DE PROPORCIONES DE ANULACIÓN EXISTENCIAL POR ESTO?"

Raphaeline sudaba. Literalmente. Y el pánico la derretía por completo. Tartamudeaba.

"Yo-yo... es solo que... ella... me provocó y...."

Sephirothy levantó la mano. La misma mano que había sostenido dos espadas que destruirían la realidad. Fue suficiente para que los Dioses Antiguos huyeran a cubierto.



Pero antes de que la mano bajara, una figura apareció entre ellos con un suave "shup" dimensional.

Era un hombre joven de rasgos afilados, pelo corto y blanco y ojos rojos, que llevaba, por supuesto, un abrigo azulado.

Agarró la muñeca de Sepphirothy con mano firme.

—Mi querida madre —dijo en voz baja, pero resonó como un cristal al caer—. Cálmate.

Sepfiroti se quedó paralizado. El aire, que vibraba con pura energía, pareció suspirar de alivio. Raphaeline cayó de espaldas al suelo, jadeando.

La figura entre ellos sonrió, inclinándose ligeramente hacia su madre.

Si matas a mi Raphaeline por una pelea de egos, me enojaré mucho contigo, ¿sabes? Me pondría muy triste. ¿Quieres ver a tu hermoso hijo triste?

Sepfiroti resopló. Retrocedió un paso. "No iba a hacer nada, solo me molestó! Además, ¿por qué no la detuviste antes de esa estupidez?", refunfuñó.

Vergil sonrió, como quien ha oído esto cientos de veces. "De todos modos. Respiremos. Me enseñaste: hay castigos peores que la muerte."

Sepphirothy lo miró durante largos segundos... luego dejó escapar un profundo suspiro y señaló a Raphaeline y Cabernet con dos dedos.

Ambos están castigados. No podrán luchar durante tres ciclos lunares. Tendrán que pasar tres semanas enteras viviendo juntos, sin matarse y sin





generales. Y cada noche me enviarán informes escritos a mano explicando lo que han descubierto el uno del otro.

Las dos reinas palidecieron.

Cabernet murmuró: "Esto es peor que el Pantano de las Almas Gemelas..."

"Lo sé", dijo Sepphirothy, esbozando una sonrisa peligrosa, "y si intentas hacer trampa, te encerraré en una habitación de treinta metros cúbicos con el Señor Ceremonial Phangulus... hablando de etiqueta dimensional durante la cena... durante seis horas".

Raphaeline rompió a llorar suavemente. Cabernet miró al suelo como si deseara que un portal a la nada se abriera allí mismo.

Vergil ladeó levemente la cabeza, como si observara algo encantador y ridículo a la vez. Y entonces, en un gesto completamente fuera de lugar para el protocolo infernal, sobre todo ante una entidad capaz de enfrentarse a Entropía de frente y disculparse con enojo, la abrazó por detrás.

Fue un abrazo tranquilo, firme y amoroso. Sus brazos rodearon la cintura de Sephirothy, atrayéndola suavemente contra su pecho. Ella se quedó paralizada.

Literalmente.

Incluso el clima, que segundos antes rugía como una bestia enjaulada, pareció decir "shhh".





—¿Me dirás por qué has pasado tanto tiempo sin visitar a tu hijo? —le susurró Virgilio al oído, con una voz suave como la seda vieja y tan peligrosa como las promesas de los oráculos ciegos.

Sephiroth... se estremeció.

Por un instante microscópico, la entidad absoluta de luz y ruina pareció... vulnerable.

Un calor rojizo le subía del cuello a las orejas, y un rosa reticente, condenado al olvido, intentaba teñir sus mejillas. Apretó los dientes con un sonido audible. El tipo de sonido que haría derrumbarse de empatía un muro del plano etéreo.

Entonces, sin previo aviso, se giró bruscamente y arrojó a Vergil con un empujón que sonó más como una explosión gravitacional.



Voló hacia atrás unos metros, hizo una pirueta completa en el aire con elegancia ofensiva y aterrizó con un golpe suave, como un pétalo lanzado con fuerza por un dios aburrido.

"¡Estaba resolviendo problemas!", gritó Sephiroth, con los brazos cruzados y la capa ondeando de indignación. "¡Problemas muy importantes, mucho más allá de la comprensión de todos ustedes!"

Vergil se limpió una hoja imaginaria del hombro. "Sí, madre. Problemas relacionados con el colapso de la realidad, sin duda... y nada que ver con evitar conversaciones emotivas, ¿verdad?"

Sephiroth emitió un sonido gutural y señaló al cielo. El cielo respondió con un trueno dislocado que sonó como "¿en serio?".



—¡TODOS ESTÁN CASI CASI! ¡Estoy rodeada de drama! —gritó al vacío, girando sobre sus talones.

Cabernet levantó la mano tímidamente. "¿Aún tenemos que hacer los informes o se cancela este brote general?"

Sepphirothy gruñó como un volcán con dolor de cabeza.

Vergil, todavía de pie, se cruzó de brazos y sonrió con la paciencia de quien ha visto el espectáculo mil veces.

"Mamá... ven a casa de vez en cuando, ¿vale? Te extraño. Aunque seas... tú", dijo sonriendo, y Sepphirothy se sonrojó antes de intentar correr, pero fue detenida por...

—No te vas a ninguna parte. Tenemos que hablar. —Zafiro apareció frente a ella. Su aura se elevó ante...

"Los abandonaré a ambos si luchan", dijo Vergil.

